

Ánimo de mi cuerpo



ÁNIMO DE MI CUERPO

PAULA STILSTEIN



PLASSON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2026

© del texto, Paula Stilstein, 2026

© Plasson e Bartleboom, S. L., 2026

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-36-1

DEPÓSITO LEGAL: M-26957-2025

CÓDIGO IBIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: Emilia Cantor

MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz

CORRECCIÓN: Estela Gómez y Ana del Amo

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

*A mis abuelas, Eva Kusnetzoff y Marta Eve Llorens,
y a mi amiga Ángela Molina,
por hacerme saber que el deseo se renueva
y que la vida puede ser muchas vidas.*

Pero yo soñaba con el beso grande de la tierra en celo.

HOMERO EXPÓSITO,

«Flor de lino»

Seguía arrastrando el alma que cada día notaba más larga
y con lamparones grises y deduje que pronto se le caería.

AURORA VENTURINI,

Las primas

Pasé el día siguiente
recordando el sonido
que hizo el corsé
cuando la bestia arrojó
mi ropa al piso.

NATALIA LITVINOVA,

Amarilis

LA CORSETERA

Con las agujas de coser se pueden hacer obras de arte o moldes de asfixia, enaguas incómodas y guantes que oculten las uñas comidas por la ansiedad y el miedo. Ropas que cubran el cuerpo. Nora lo supo siempre. Rellenos para corpiños, mangas para tapar la piel de los brazos, faldas de pana regulables: el cuerpo como habitáculo del tiempo.

Mientras apretaba el abdomen de una clienta contra la estructura de espiga plástica, y se salía la piel de la mujer por encima del pecho como la espuma de un jabón, una treintena de lobos marinos llegaban por primera vez a la costa de las playas. El olor no tardó en llegar a las narices. Se mezcló con el humo de la quema de rastrojos agrícolas y con el fin del verano, y una quietud extraordinaria inmovilizó los ánimos y las costumbres.

Hay algo del deseo que siempre se escurre, le comentó la clienta mientras se miraba al espejo, no conforme con lo que veía. Lo que no va en lágrimas va en suspiros, le supo contestar Nora con el refrán. Era muy refranera. Lo que no se manifiesta de una manera se hace presente de otra.

Al terminar con la labor a domicilio, cerró la puerta y corrió campo a través hacia el auto rojo. Lo puso en marcha y se hizo un punto en la carretera.

LA CASA MUSEO

Entre las plantas de plástico y la naturaleza al óleo, la casa era un museo. Vasos descartables con aguarrás y el olor espeso de su origen de linaza. Pinceles. Pinceles mojados y secos. Retazos de telas en crudo. Marcos rectangulares completos, dorados, policromados, rotos. Todo era viejo y desde siempre. Esa casa era un cofre empolvado y repetido.

El novio, Dante, era un melancólico pintor uruguayo que retrataba el pueblo de su infancia. Había cuadros por todas partes. Incluso manchas de pintura por la casa en los lugares más recónditos. Repetía los ángulos, la perspectiva, los colores. Y después fotografiaba la pintura, convirtiendo en imagen lo que había conseguido. Nora consideraba que lo más cercano a lo real eran los pelos de las brochas. Pensaba a menudo: de su cola, violines, de sus crines, pinceles; qué fiel el caballo dado al arte.

Al atravesar el salón lo encontró encorvado en una de sus sillas. Luz tenue en el pasillo y un claro naranja que fosforecía en el suelo de madera. Fue directo a la luz, como mosquita. La atrajo una chispa parecida al roce entre el yunque y el metal, donde se trabaja la espada. El fulgor del entusiasmo y el deseo: un fuego que se va muy rápido. De modo que aprovechó. Se acercó a la nuca de Dante, y le pidió una mano, y le chupó los dedos, uno

por uno, y saboreó la pintura encarnada de las uñas, la vejez de la yemas de su novio; hundió la nariz en el cuello de la camisa y sintió los pelos duros como costras y los chupó también, y retiró los restos secos de pintura. Dante, con sus dedos desprovistos de huella digital, se entornó y le quitó la pintura de los labios dándole un beso corto y suave. Ella sonrió. Dos bustos sin desnudez. Pero al poco tiempo, tornándose el mediodía con un olor rancio y seco a humo y animal, le llegó la apatía de todos los días. Quiso pintarse las pestañas con rímel, pero el médico le había sugerido que por la delicadeza de sus ojos tras la operación de presbicia no era conveniente.

Durante la tarde, vio todo de lejos. Tocó el potus sintético y no recibió información real. ¡Muéranse las no flores, las no plantas! Miró los paisajes inmóviles y se halló más apática cada vez. La desanimaban profundamente. La selva en la pantalla de la televisión, los matorrales y los médanos pintados, el río turbio marrón claro, toda la naturaleza atrapada, recortada, absolutamente bella e inasible.

Se dedicó a coser un suéter mordido o agujereado por las polillas y después un pantalón, y finalmente un corsé con puntillas. A veces se sentía mala cuando apretaba los cordones de un corsé contra las costillas de una clienta. Algo tan bello, que domina y aprieta. Sus clientas solían reírse en apnea, la señalaban porque no llevaba casi ropa, porque no se ocultaba ni quería ocultarse; la acusaban de andar semidesnuda, de que se le veían los pezones, ¡dos confites!, de que tenía las tetas caídas, el pelo que no se decidía a ser cano o castaño, y la adulaban, la burlaban, la envidiaban en secreto y abiertamente. Ella sonreía irónica y decía: ni breteles ni hijos.

Pero no era del todo cierto.

LA CLÍNICA

Esa misma tarde, dejó reposando su tarea y atravesó el salón. La espalda de Dante era un suéter rojo deshilachado, un pelo grueso y gris, apenas el silbido de su respiración ronca que se deshacía en el aire; y de fondo, una tela blanca enorme, paredes estampadas, veladores viejos, marcos y macillas. Por fuera de la casa había una especie de pensamiento salvador. La idea de otra vida. Un secreto que no le importaba a nadie. De algún modo, ocultarlo acentuaba la alteridad que la rescataba.

Nora condujo por la carretera y estacionó frente a la clínica. El cielo era un vaso de aceite amarillo. Plomizo y encantador. Recordó la hepatitis de su niñez, y una larga temporada de piel amarilla que dejó amarilla también a la única mascota de su vida: un conejo sin dientes al que abrazó toda la enfermedad. Después pensó que podía ser un cielo amniótico, o un vaso de aguarrás de los de Dante, y entró a la clínica oscura. No le gustaba nada ir al centro, a la pequeña polis de hoteles y escaparates y ruido. Sólo iba cuando visitaba la clínica.

Atravesó los pasillos de memoria; era casi como caminar por las bambalinas de un teatro. Ahora es cuando entro en escena, dijo para sí. La médica que la esperaba pensaba lo mismo: ahora es cuando cada una juega su papel.

En la sala de la clínica de reproducción asistida también había flores plastificadas y un asiento junto a la puerta de entrada. Se sentó y escuchó una conversación entre dos mujeres que aparentaban no conocerse de nada, pero en la que cierta intimidad se estaba gestando. Una de esas relaciones de cola de supermercado, o de trámite, o de recital. Una le preguntó a la otra: ¿cómo naciste? Y la otra contestó: ¿yo? Yo nací mal, mal, mal. Nací enroscada. Tres vueltas de cordón. El partero le dijo a mi mamá que yo había querido nacer. Que lo había elegido. Que podría haber muerto ahí adentro, hecha una bola asfixiada, con un cordel para atar las cosas. A mi mamá le inyectaron éter horas antes de parir, y después de desenredarme, y de nacer, y lidiar con los pulmones que son los primeros en aprender algo del mundo, es decir, a respirar, ¡imagínate la tragedia que tiene que ser eso!, se dieron cuenta de que había nacido con los ojos pegados. Por el éter. El antiguo analgésico local, viste. Lloré durante dos semanas, y sólo respiré. No veía nada. Hasta que los abrí. Mi mamá me contó que tenía láminas doradas y verdes en las córneas. Hasta que crecí. Como los chicos rubios, que no vuelven a ser rubios.

La otra dijo: a ver, ¿y ahora de qué color los tenés?

Abrió la mirada. Le convidó sus ojos.

En una punta de la sala de espera de la clínica había una televisión en mute. Y en la televisión, un puma. Los subtítulos decían que estos depredadores también son perseguidos, que en el sur hay pérdida de ovinos, y por eso mismo los hombres del archipiélago salen a cazar. El hombre que lo contaba cargaba un fusil en la mano, un pantalón de pana verde con un cinturón ancho, y una mandíbula cuadrada, y se notaba que no tenía ningún miedo. Con él había preadolescentes y niños de distintas edades. Todos con instrumentos de caza. No temían perder. Como si no hubiese

otra opción que matar y salir victoriosos. Las palabras seguían en amarillo: ¿y esa carne se come?, ¿qué hacen? Yo no como carne asustada. La carne asustada es carne dura. ¿Y entonces? Entonces nada. Yo sólo gatillo, contaba el hombre.

Los planos del felino cambiaban y se ralentizaba hasta quedar de frente, corriendo hacia la cámara. Nora miraba al puma en la televisión y se sentía segura ahí donde estaba. Se preguntaba por qué se sentía así. Por qué no tenía miedo, protegida por el olor combinado de desinfectante y vainilla; que por qué le parecía sublime la existencia del puma, y con qué distancia podía decir: esbelto, precioso, aterrador. Todo a la vez.

El puma seguía corriendo a cámara lenta, y Nora llegó a sentir que el verdor que dimana la imagen de la selva era un cuento en ella; la lluvia, los sonidos, su atmósfera. Desconocía la selva. Un lugar más silvestre de lo que le resultaba el bosque. Pensó que la hermosura y el terror eran posibles porque ella estaba justamente ahí, en la clínica. Porque estaba lejos. Resguardada. Como si la belleza se hiciera posible solo por medio de una distancia capaz de esconder la violencia. Todavía se sentía protegida, y el puma se convirtió de un momento a otro en la amenaza que gozaba de ver.

En el pasillo, luz tenue, y por dentro la sala volvía a quedar en silencio, con sus tubos de luz fría. Una sombra blanca pasó por el mostrador: la enfermera veloz.

En una columna, también blanca, colgaba la fotografía de otro hombre: el director de la clínica. Prótesis dental brillante, ojos turquesas como el mediterráneo, pigmentos propios de un programa de edición fotográfica y colágeno en toda la cara. Ni un rastro de vejez. La imagen en sí misma, su cara artificial, la dedicación de toda su vida: congelar el tiempo lo más posible.

Nora apartó la mirada de la imagen y también de la televisión. Pero no dejó de desear ni de temer. Y el puma seguía corriendo

con los ojos bien dirigidos. Un plano interminable. Un documental independiente.

Pase, le dijo la sombra blanca. Era rápida. Lo dijo en un suspiro, porque ya lo había dicho muchas veces antes. La enfermera estaba cansada, ya se sabía la historia de memoria. Ya ni decía. Sacaba aire por entre los labios. Nora conocía esa clínica mucho más que la enfermera. Hasta podría haber sido su madre. Es lo que le hubiese dicho para imponerse. Ya le habían mostrado el tanque de nitrógeno varias veces antes. ¿Por qué no va a pensar a otro lugar?, le decían; no pierda el tiempo, haga su vida, el óvulo está vivo fuera de su cuerpo, tranquila. Pero eso le resultaba extraño, que quizás sería siempre eso, un óvulo vitrificado flotando en un tanque de nitrógeno.

Con treinta y cinco años, a finales de los ochenta, Nora ya se inyectaba hormonas foliculoestimulantes a escondidas de una relación. Se metía en el baño y apretaba los dientes con fuerza y hacía el gesto de una «A» muda. Esa temporada los dientes se le habían limado y las encías se le hinchaban por apretarlos de noche. Se levantaba la camisa, presionaba la panza justo tres dedos por debajo del ombligo y ¡zaz!, clavaba la aguja. La misma intención para quitar una bandita depilatoria del bozo. Pocas drogas le habían hecho experimentar la impunidad para volverse rebelde, en su corto embarazo psicológico. Su carácter se había reforzado hacia adentro, como una implosión. Todo era en silencio. Excepto por los subtítulos de su mirada.

Observaba a su novio de ese entonces, que no era Dante, dormir como un perro ufano. Saciado de nada. Al menos, no de ella. Olvidaba con frecuencia su nombre, pero por desgracia era fácil recordarlo: lo tenía tatuado en el pie. Cálidas noches en las que este se dormía, y ella se tocaba las tetas turgentes como

jamás las había tenido, y reía hacia adentro. Pícara en su máscara, se divertía un rato, hasta que una bruma de tedio y angustia la sorprendía de nuevo. Nora sólo lo podía contemplar de lejos. Y de lejos era cuando él dormía. En esa distancia tan cercana, apenas diferenciada por unos metros en la cama, lo podía observar en su renuncia, en el abandono de sí mismo, en el olvido de su propia cara. Era como mirar al puma en la televisión. Se sentía protegida cuando él dormía; resguardaba el secreto de sus inyecciones. Lo quería. Pero lo quería de ese modo.

Una vez escuchó que se hicieron pruebas de vitrificación con óvulos de rinocerontes, para que no se extingan.

A veces se decía a sí misma: quiero dar mi vientre para albergar el óvulo y salvar la especie. Parir un rinoceronte. Ser la madre de algo, de una vida; ser la madre más importante, la que salva a todos los que vendrán después. Podría ser fecundada por un rinoceronte.

Nora siempre quiso ver un acuario, entender, mirar el óvulo congelado, saber si es cierto. Deseó que existiese un material accesible que permitiese una distancia para observar el deseo en orden y evaluarlo. Detenerse frente al vidrio, como la vista de una fila de incubadoras. ¡Yo debería poder ver mi óvulo flotando, vitrificado y vivo! Pero las médicas generalmente se reían entre hipos, y se contagiaban entre ellas. En muchos momentos Nora dudó de si le hicieron la extracción, si su óvulo estaba ahí, si era ese; quién le aseguraba que no se habían formado ya cristales alrededor o que se confundieron en donarlo. ¿Sigue ahí? ¿Es mío para siempre? ¿Es realmente mío?

En la televisión de la sala de espera: los hijos del cazador y luego el ganado. Y una de las ovejas le teme menos al puma que al pastor,

el cazador con fusil. Se nota, ¡cómo se nota!, pensó, porque la oveja pasta cerca del cerco por si en algún momento consigue librarse campo a través, a kilómetros de ahí.

Se incorporó y abandonó la escena de la sala de espera siguiendo los pasos de la enfermera agónica.

María Mar, la médica que la atendió por primera vez, tenía algunos años más. Todavía se acuerda cuando llegó con fiebre y sudores a los treinta años, decidida a dar inicio a la estimulación ovárica. ¿Estás nerviosa? ¿No querés pensarlo un poco? La veía temblar de espanto. No, la fiebre me ayuda, es como estar un poco borracha; me hice un tatuaje en el pie con fiebre, mirá. María Mar todavía se acuerda de las uñas rosa fucsia, y el nombre del amante borroneado en tinta negra, y la palidez de la cara de su paciente, similar a la palidez de una parturienta o de un fantasma. Irreconocible en los finos segundos de vida en que todo cambia o ya cambió. De un momento para otro, Nora se iba con las recetas en la mano. Sobre esa misma mesa laqueada, se encontraban ahora como cada año. La enfermera salió y puso cara de abúlica. Se la entregó a María Mar. Dejó que ella le hiciera la visita.

María Mar la llevó al tanque de nitrógeno, detrás de un cristal; se encerraron en un cubo de metacrilato, con las bocas tapadas, los ojos abiertos y la misma pregunta desde hace tres décadas: ¿vos querés ser mamá? No sé, había dicho a sus treinta, con el pie afuera y las uñas fucsias y al ras. Un no sé rotundo y definitivo que parecía un sí y un no. María Mar nunca había oído esa firmeza tan líquida y soberbia. La había visto largarse con las recetas en la mano, y su firma en un papel: un garabato inentendible y sin aclaración que parecía una burla. María Mar aprendió a mentir con Nora, y nunca antes había mentido. Esa firma no le valía. Ni la firma ni el tiempo, puesto que tuvo que mantener

en secreto al pequeño circulito de membrana plasmática para que su paciente continuase considerándolo como una opción. Generalmente, los tanques guardaban tubos de ensayo con un promedio de doce óvulos por paciente, en el mejor de los casos. Algunos hasta estaban fecundados. El tubo de Nora tenía un solo óvulo. La primera mentira de María Mar fue hacerle creer a Nora que era más fértil de lo que su cuerpo podía. La segunda, por efecto, ocultárselo a la clínica y al director plastificado, cargado de bótox y falsa empatía. Vitrificó el óvulo una noche, sin testigos, y considerando que se jubilaría en la clínica, nutrió una amistad con su joven paciente.

De pronto, Nora emitió una risita que se transformó en una carcajada gruñida y entrecortada, una especie de agonía feliz. A las médicas de cofias en la cabeza les pareció oír un estruendo. Estaban en pleno control de temperatura y se miraron entre ellas para averiguar quién era la sinvergüenza. ¡Qué van a ser tanques esos, si parecen lavarropas!, señaló Nora. Se quitó la mascarilla para tomar aire y se limpió los ojos con los puños. Su tanque era una especie de jardín de Tebas, una posibilidad: podría parir una semilla de cilantro o un rinoceronte.

Salió de la clínica y entró en el auto. Llovía. Estuvo así un largo rato y sintió algo de fiebre. La cabeza caliente, la nuca mojada. La lluvia modificó el cielo. De amarillo conejo hepatitis pasó a un gris turbio parecido al metal. En el auto se sentía protegida. Volvió a sentirse así. Otra vez. Se dio cuenta. Cada vez que se acercaba al centro, las pantallas en los edificios y las caras publicitarias, le provocaba arcadas. Colores lisérgicos que se repetían de manera continuada. Productos, productos, productos. Sobre el cruce de avenida había una mujer joven con su bebé a cuestas hecho un rollito entre sus brazos. Pegó su cara al vidrio, mientras las gotas golpeaban el auto.

Si Nora hubiese escrito un monólogo para la expresión de su cara hubiese sido este: quiero tener cerca su cara. Más cerca. No de frente, sino de costado, inclinado y que me mire como un huérfano que sólo puede tomar mi amor. Mi leche. Pero no es huérfano. Tiene una carita blanca y unas cejas extraordinariamente marcadas, hoscas. Parece mayorcito. Su madre me mira. Aparto la mirada de forma silenciosa, avergonzada. No hay alivio. Ella no insiste. Le da la teta a su hijo bajo la lluvia. Quiero que me lo preste un ratito, que me deje darle el pecho, dormirme junto a él, y olerle la cabecita, y pasar mi mejilla por su pelo insignificante, y restregarme la nariz en su cuello, y decirle amor, amor mío, ¡cuánto te quiero! Pero no hay virtud de bien en su presencia. No me lo va a dejar en brazos. Se va. Se está yendo. Mi no hijo se va por la calle, sentado en una mochila de algodón sobre el pecho de su madre. Siento mi palidez, como la palidez del susto, y la palidez de la fiebre y del nacimiento. ¡Pero tú! Das la impresión de algo hermoso. Pero mirá, mirá, mirá tu vacuidad, tus pistilos bajo pétalo, bajo carne blanda de lo hermoso. Espero que me mire. No me mira. ¡Cuánta desilusión! ¡Cuánta verdad esta cantidad de desilusión! Cuánta verdad en el romance de esta idea asquerosa, podrida, que brilla, sin embargo. Una noche negra y una vela encendida. Eso es un bebé.

El cielo metálico se volvió noche y Nora llegó a casa tarde. A la casa museo. Decepcionada y apática. Cenaron tirabuzones. Un vaso con agua. Una copa de vino. Un cuenco con aguarrás para los pinceles.

ENAMORARSE ES DETENERSE

Sobre la mesa de luz de Dante había un frasco de pastillas para conciliar el sueño, y en la de Nora, colirio para los ojos, un vaso con agua y un antifaz robado de alguna aerolínea. Entre ellos, una manta eléctrica para el dolor de espalda; y en la pared, justo arriba del cabecero de la cama, un cuadro que encerraba una de las playas de La Paloma: rocas en vez de arena, el agua gris del mar, gaviotas y lobos marinos, sí, muy pequeños, en la punta de un muelle infinito.

Nora se incorporó, y deambuló con su bata por la casa. Tenía que debatirse entre un vaso de agua caliente con limón por las mañanas, medio ajo masticado o ayuno intermitente. Las recomendaciones médicas empezaban a ser cada vez más raras. Al final siempre optaba por recoger higos frescos y mojados y comerlos así, bajo la sombra y las babas blancas y tóxicas de sus frutos.

Dante no se había levantado de la cama. Ella, en cambio, se despertaba siempre sobre las siete. Se vistió, abrió la tranquera y se subió al auto. A veces creía que el auto era su verdadera casa. Y otras, ni siquiera lo creía suficiente.

En la punta de los acantilados había mujeres en sus sillas reposeras, con sus libros abiertos de par en par, solas y en silencio;